VIAJES, VENTAS Y PARADORES

Mil diversas circunstancias han convertido en un fenómeno social de masas algo que durante siglos constituyó un episodio marginal, arriesgado y difícil: *el viajar*. Cuando un desplazamiento de Madrid a Sevilla o de Asís a Roma constituía una severa invitación a hacer testamento formal y ponerse en regla con Dios, el concepto de viaje iba orlado con un aura de pavorosa incertidumbre que destemplaba los nervios más fuertes. Si tenemos en cuenta que el sobresalto no deja huelgo para la contemplación estética, podremos fácilmente inferir que no eran éstos tiempos propicios para desarrollar la fauna—hoy tropicalmente exuberante—del turismo. Los libros de viajes constituyeron durante largas épocas motivo de solaz para lectores afanosos de correr aventuras al abrigo de la chimenea hogareña. Hacerse al camino hacia metas lejanas fue durante siglos privilegio exclusivo de espíritus inquietos y robustos: santos y guerreros, descubridores de tierras y románticos buscadores de nuevos horizontes. Al inocular el Romanticismo en el espíritu del hombre clásico la avidez por horizontes y paisajes inéditos, los viajes empezaron a cobrar honores de primera figura en el espectáculo de la vida humana, y el hombre europeo comenzó a desplazar espiritualmente su vida a las montañas de René, a los bosques y praderas de Atalía, a los paisajes ensoñadores de una China exótica. La quietud clásica se pobló de hervores internos, y el hombre europeo tensó su espíritu, como un arco, hacia tierras extrañas. No es ya el oro lo que atrae, ni las almas que esperan la Buena Nueva, ni los continentes vírgenes que anexionar a la corona del rey a quien se sirve, sino la novedad, la lejanía mil veces seductora, el canto de sirena del cambio por el cambio. *De esta glorificación del movimiento en sí nace el turismo.*

Como en todo deporte, también aquí "lo importante es navegar". El peregrino pensaba en el santuario con ojos de vidente, con corazón ofrendado al sacrificio del caminar en aras del voto; el navegante soñaba con divisar tierras desconocidas; el misionero roturaba selvas para plantar la cruz junto a las tiendas de las tribus. El viajar era siempre una penosa actividad penúltima, medio para un fin, indispensable requisito de una batalla lenta, cuyo fin y triunfo pocos lograban vivir. Pero he aquí que al hilo del tiempo los ideales se aquietan y amenguan en el corazón humano, la vida se hace más acogedora, los desplazamientos más seguros y confortables. El hombre se arraiga en su tierra, y cuando piensa en la

ajena no le mueve tanto el afán de conquista, sino el ansia de recreo. El fin del viaje deja de ser *meta* para reducirse a un *punto físico de llegada*. El viaje como tal se agiganta y pasa a primer plano. *Ha nacido el turismo.*

Durante largo tiempo, los medios modernos de transporte han permitido al hombre unir lo funcional y lo estético, el *viajar* y el *contemplar*. El automóvil, el ferrocarril y los aviones de hélice concedían al viajero una oportunidad de contemplar el paisaje con una actitud de dominio. Su ritmo de desplazamiento, superior al normal humano, pero todavía afín al mismo, permite al hombre ganar perspectivas inéditas que enriquecen la visión de lo real. El encanto singular del vuelo rasante radica en que, conservando la inmediatez con los obstáculos, que se oponen a la celeridad del caminar, los supera con un alto margen de holgura. El encanto del vuelo rasante procede justamente de su cercanía al caminar, de modo análogo a como el conjuro del esquiar radica en su posición media entre la marcha y el vuelo. La emoción estética sólo brota en un delicado punto intermedio que conjuga la cercanía y la distancia para dar al hombre una fuerte sensación de poder.

Hoy día estamos viviendo desazonados el momento límite en que van fatalmente a escindirse estas dos vertientes—la funcional y la estética—del desplazamiento humano. El vuelo a reacción en cotas superiores a los 8.000 metros desborda el ritmo humano de acomodación al entorno; el hombre se siente desbordado en estas rutas exóticas y debe renunciar a toda actividad estética. El viajar se reduce coactivamente a un mero pasar. Todo hombre sensible debe por fuerza entender esta coacción como un violento atentado a su modo de ser. Una vez más, el aprendiz de brujo no sabe reducir las aguas a su cauce y retener el progreso en unos límites rigurosamente humanos.

Estas circunstancias van a convertir decididamente al turismo en una *función específica*, distinta del mero viajar.

EL AVION Y LA DILIGENCIA

Durante un viaje en velocísimo tren expreso de Milán a Munich a través de los Alpes me entretuve en hojear un libro de viajes, y al contemplar la vieja estampa de las diligencias trepando penosamente por los escarpados caminos del San Gotardo, en mi interior

acariciaba complaciente la idea de que a ojos vistas el destino nos ha sido inmensamente favorable. El recuerdo de Goethe salvando a golpes de diligencia la distancia de Alemania a Italia, o el de Pedro A. de Alarcón extenuándose de Madrid a Nápoles, me causaba un saludable pavor.

Pero al leer, seguidamente, sus relatos de viajes, empecé a presentir que las cosas son mucho más complejas. Goethe, por ejemplo, nos cuenta en su *Viaje Italiano* cómo se cambiaba tres veces de ropa exterior al día, según la temperatura, y nos relata sus experiencias en las ventas, sus emociones ante los diversos paisajes en las diferentes horas del día, en las cambiantes condiciones de cada estación.

Las características del viaje en diligencia permiten una inmersión en el paisaje que no es posible en los medios modernos de locomoción. El paisaje no entra sólo por los ojos, como se piensa con frecuencia, sino también por los oídos y por el olfato. Un campo en flor hay que olerlo para sentirse en él y prenderlo en el espíritu. Acertad a pasar por un desfiladero en un coche cerrado. Veréis la vegetación a un lado, rocas a otro y los altos riscos cerrando el menguado horizonte. Os sentiréis ante una panorámica impresionante. Pero todo el que haya hecho la experiencia convendrá fácilmente conmigo en que sólo al bajarse del coche y oír en calma el sonido sereno de las aguas profundas vivirá plenamente la experiencia de un desfiladero. El rumor del agua es un canto, un mensaje de la naturaleza que da al conjunto un carácter dinámico, un alma singular. De modo semejante, un paisaje marino sin la reiterante insistencia del agua, una tormenta sin el olor a tierra mojada, son fenómenos truncados en flor.

Pero hay más. El gran gozo del viajar son los cortes rítmicos del descanso, del reposo voluntario en lugares que invitan a remansar la energía del desplazamiento. Digo *voluntario* para distinguirlo de la mera interrupción del viaje en ferrocarril, demora que más bien fatiga por ser mera pausa, compás de espera sin plenitud interna.

De aquí arranca el sempiterno encanto de las ventas, que han entrado en las páginas de la literatura universal con honores de triunfo. Cuando una realidad, por humilde que parezca, se convierte por derecho propio en motivo literario, podemos confiarnos a la certeza de que encierra, a poco que se lo observe, un amplio juego de sorpresas.

La venta supone un alto en el camino, con todo lo que ello implica de placentero y sedante. Pero es, además, una suerte de *hogar en tierra extraña*, es decir, una vinculación a lo que tiene la tierra propia de entrañable y una apertura a la tierra que se empieza a visitar. Es el punto feliz de confluencia entre lo conocido y lo extraño, y en él se ahínca el viajero para sentirse a resguardo de la sensación de desamparo que produce la entrada en un país ajeno. La venta es un punto de perspectiva, un lugar de encuentro, la prolongación del propio hogar en países extraños.

En la venta se remansa el tiempo y se aquieta el espíritu trajinado del viajero, que ordena sus ideas y dispone su ánimo para nuevas impresiones. En todos los libros de viajes ocupan un lugar destacado las ventas, mesones y hoteles, lugares de reposo donde los escritores pasan a las cuartillas sus pensamientos y experiencias para eterna memoria.

Cuando se viaja haciendo del viaje un fin en sí, no subordinado a la meta, el mero pasar cobra valor sustantivo. Pero acaece

que el *pasar* sólo adquiere toda la gama de sus implicaciones cuando es contrapuesto al *estar*, al demorarse con huelgo en el camino.

La gran tarea del hombre actual, dominador del espacio, es, sin duda, aprender a *detenerse*, a reposar adensando el tiempo y llenándolo de vida rigurosamente humana. Detenerse no se reduce a romper el ritmo de la marcha; es el positivo *fundar ámbitos de convivencia*, crear vínculos, abrirse a nuevos climas y ambientes en el poderoso anhelo de compartir modos nuevos de existencia: tarea que exige la movilización de muy altas cualidades humanas. He ahí por qué el buen viajar enriquece a los pueblos, al que viaja y al que abre su espíritu al huésped. Por eso la venta no es sólo un hito en el camino, sino que da sentido, con su vida humana, intensa y reposada, al caminar.

No por azar gran parte de la vida de nuestro *Ingenioso Hidalgo* se realiza en las ventas, humildes posadas cuya realidad y significación él trastrueca mediante su, más que alocada, mágica capacidad de transfiguración. La venta es castillo; las mozas, altas damas, y el humilde patio, corte donde velar las armas. Lo esencial es advertir que las ventas son lugares de encuentro de hombres distantes, que en el desarraigo que implica todo desplazamiento ofrecen un punto de apoyo al viandante para sentirse en comunión con su madre tierra.

CASTILLOS Y PARADORES

España fue durante siglos país de caminantes, de hombres desplazados por las guerras, por la búsqueda de aventuras, por la codicia de los príncipes y su violenta voluntad de represalia. Los españoles—siempre en trance de viaje, en la situación de emergencia que determina el sobresalto de la acción bélica—han jalonado sus amplias rutas de tradición románica con la pétreo presencia altiva de robustos castillos. Un castillo es un lugar para *estar*, pero no en actitud de *reposo*, sino de *alerta*. Es un estar dinámico y tenso, porque el castillo pertenece, como el cuerpo al alma, al camino, en el que se apuesta como un vigía. El español no es hombre de fácil acomodo, sobre todo cuando tiene a sus flancos el peligro siempre acechante del enemigo religioso. La Reconquista española fue un secular mantenerse al abrigo de un castillo *en marcha hacia el descampado de la lucha*.

Es por ello altamente significativo que gran parte de los modernos paradores de España se acojan a los vetustos muros de las antiguas fortalezas, pues a su noble belleza austera unen un hondo recuerdo y alto valor simbólico. Viajar reposando en castillos españoles es viajar con tiento, en país minado de peligros, tierra de choque y embestida de corrientes históricas, rompeolas de Occidente, país de contrastes que exige del visitante alta cultura, espíritu vigilante y voluntad pronta a reconocer que entre los hombres el descanso es muy alto don porque se gana en el riesgo supremo de la guerra. "Levantar castillos en España" podrá haber parecido empresa placentera a ciertos países, pero aquí era tarea bronca impuesta por la nada romántica necesidad perentoria de sobrevivir. Recorrer España remansando el tiempo en paradores-castillo es reandar unas rutas que fueron durante siglos cinturón de seguridad para una Europa asediada, para una cristiandad en trance constante de aniquilación.

El reposo del viandante es asimismo un reposo dinámico, un alto en un camino lleno de sorpresas, una invitación a esa actitud de serena vigilia que exige del hombre la vida actual.